jugaron de igual á igual,
las que tanto te querían,
¿qué dirán?
¡Princesa te vieron ir
y reina te ven llegar!

Los que contigo bailaron,
los que soñaron, quizás,
prendados de tu belleza,
¿qué dirán?
¡Princesa te vieron ir
y reina te ven llegar!

Los pobres, los abatidos
y los niños sin hogar...
los tristes que consolabas,
¿qué dirán?
¡Princesa te vieron ir
y reina te ven llegar!

LA NIÑA BUENA

(CANCIÓN DE NIÑOS)

—Niña, se vé que eres buena;
niña, se vé que eres sana;
niña, se vé que eres limpia
como los chorros del agua.

¿A dónde vas tan ligera
y sola, tan de mañana?
¡Como una rosa de Mayo
llevas de hermosa la cara!

—Voy á la fábrica aquella
que está al pié de la montaña:

aquella grande que tiene
las chimeneas tan altas.

Voy ligera porque pronto
darán las tres campanadas,
y quiero estar en mi puesto
para no perder mi plaza.

Mantengo á tres hermanitos;
mi madre está enferma en cama;
mi padre, que era tan bueno,
hace un año que nos falta...

Me levanto muy temprano,
aún más temprano que el alba,
y ya me dejo á estas horas
arregladita mi casa...

—Anda con Dios, hija mía;
si hermosa tienes la cara,
¡más hermosa, niña buena,
debes de tener el alma!

EL SECRETO

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Es la niña tan hermosa,
que el mirarla, maravilla:
blanca como la azucena
tiene la cara divina...
hebras de sol sus cabellos...
de nácar sus manos finas...
Siendo tan bella ¡tan bella!
siempre está triste la niña.

Es el galán más apuesto

el que por ella delira:
por ella diera tesoros,
por ella diera la vida;
por una reina y un reino,
su amor no lo trocaría...
Siendo amada ¡tan amada!
siempre está triste la niña.

Ella tiene bellos trajes,
ella tiene joyas ricas;
tiene en la ciudad su casa,
tiene en el campo su quinta;
tiene carruajes, lacayos
y doncellas que la sirvan...
pero, aunque tiene de todo,
siempre está triste la niña.

Es, la niña, la más buena,
la más amable y sencilla;
bordando, pasa las horas
en dulce melancolía...
se sonríe, se sonríe,

pero sus labios suspiran...
Niega que ella tenga penas,
pero está triste la niña.

Dicen que el galán le dice:
«¡Qué triste estás, alma mía!»
Dicen que ella no contesta,
que ni siquiera lo mira...
¡Dicen que él, tan amoroso,
con ser ya su prometida,
no ha conseguido un «te quiero»
de sus labios, todavía!

. . . . . .
. . . . . .

La niña ya se ha casado,
¡qué bella y triste que iba!...
su cara blanca ¡tan blanca!
ya de mármol parecía...
¡Al dar el sí, según cuentan,
se vieron en sus megillas
temblar dos lágrimas puras,
como dos perlas divinas!

LAS TRES NARANJITAS

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Pues una vez un príncipe se disfrazó de pobre
para correr el mundo buscando una doncella
que, por sus propios méritos, sin interés ninguno,
su corazón le diera.

El príncipe la busca que tronos y coronas
y adoración merezca...,
el príncipe la busca
mejor que rica, hermosa... mejor que hermosa, buena...

Anda que te anda por el mundo,

buscando su amor,
de fatiga y de sed muerto el príncipe,
á un castillo encantado llegó.

Con la sed que lo abrasa va y coge,
el príncipe ansioso,
de un naranjo verde,
tres naranjas de oro...

Parte la primera,
y cuajada de piedras preciosas
sale una princesa...

El príncipe le dice
que de sed y fatiga se muere;
pero ella, al verlo pobre,
se vá sin responderle.

Parte la segunda:
sale otra princesa
que, de tan hermosa, como un sol deslumbra.

El príncipe le dice

que de sed y fatiga se muere;
pero ella, al verlo pobre,
se vá sin responderle.

Parte la tercera:
la princesa que ahora aparece
se vé que es un ángel de humilde y de buena...

El príncipe le dice
que de sed y fatiga se muere,
y ella vá, corriendo, y en sus manos blancas
agua cristalina le trae de una fuente...

Esa es la que el príncipe
para esposa quiere...
la que vá corriendo y en sus manos blancas
agua cristalina le trae de la fuente.

AIRES MURCIANOS

MURRIA

¡De fijo mi madre
las horas mortales llorando se pasa!
Ya sabe la pobre
que naïca en el mundo me salva,
que me encuentro malico del pecho,
que día por día las fuerzas me faltan,
que lo mesmo que lus sin aceite,
poquico á poquico, mi vida se apaga...
Yo me pienso que el mal que me acora,
más bien que en el pecho lo llevo en el alma...
Por volver á mi tierra, tan sólo
son töas mis ansias,
¡y, de hallarme tan lejos, la murria
me corca y me mata!

. . . . . .

¡Llévate esa copa,

no me dés más agua!...
Pa apagar la sequía que tengo,
me tenías que dar una jarra
de aquellas tan limpias
que están corgaïcas debajo e las parras...
de aquellas tan frescas
que, gotica á gotica, tresmanan!...

¡Llévate esas flores,
que es muy fuerte su olor y me dañal...
Pa olorcico suave, aquellos rosales,
aquellos claveles, aquellas alábegas...

¡Quítame esta ropa,
que el cuerpo me abrasal...
¡Pa ropica aquella tan asolaïca...
aquella tan blanca
que alzaïca me tiene mi madre
en lo hondo del arca!...

. . . . . .

¡Me muero! ¡No tengo
ni gelepa siquiá de esperanza!
No es, con tóico y con ello, la pena

que más me acobarda,
que al fin y al remate,
quien muere descansa...
Mi dolor es morirme tan lejos...
Yo quisiá morirme bebiendo aquella agua...
¡pué que el olorcico de los azadares
me resucitara!

. . . . . .

Diles que me lleven... ¡diles que me lleven,
anque llegue ya muerto á mi casa!...
que aquella ropica,
que en lo hondo del arca
alzaïca me tiene mi madre,
me la pongan siquiá de mortaja...
¡que me abrigue mi cuerpo mi tierra!
¡¡mi tierra del alma!!

¡SIEMPRE TE CONOCERÍA!

Nena que por cara tienes
una rosa alejandrina;
nena de los ojos negros
y de la boca encendía;
nena la del seno altico
y pelo como la endrina;
murcianica por el habla,
por el querer murcianica...
yo, ande te viera en el mundo,
siempre te conocería.

Zagala del Verdolay,
huertana de Albatalía,
de tu natural graciosa
y sin maldá ni malicia:
te lleven ande te lleven,

te llamarás Carmencica,
te llamarás Rosarico,
te llamarás Doloricas...
Yo, cuando oyera llamarte,
siempre te conocería.

Te vayas ande te vayas,
te llevarás tus ropicas
de huertana: tu refajo,
tu armaör, tu mantellina...
y anque te llegues á ver
ande otras hablas se estilan,
yo sé que dirás «nenico»;
yo sé que dirás «bonica»...
y yo, si te oyera hablar,
siempre te conocería.

Te encuentres ande te encuentres,
serás siempre la mesmica:
suspirarás por la tierra,
que es lo que menos se olvida...
tus recuerdos, tus cariños

y tu ilusión de algún día,
con estilo y sentimiento
pondrás en una coplica...
Yo, si te oyera cantar,
siempre te conocería.

También pondrás en un hombre
tu querer, con alma y vida,
y por un querer, sé yo
capás de lo que serías:
¡ay si tus celos despiertan!
¡ay si tu querer te quitan!...
huertana mora celosa,
¡ay cómo te trocarías!...
Yo, por tu querer, zagala,
siempre te conocería.

Y te vayas ande vayas,
yo sé que á la Fuensantica
tendrás en un fanalico
con una lus encendía
y el fanalico adornao

con alábegas benditas...
y sé que le rezarás
hincaïca de rodillas...
Yo, si te viera rezando,
siempre te conocería.

. . . . . .
. . . . . .

Nena la del seno altico
y pelo como la endrina;
nena de los ojos negros
y de la boca encendía;
tú la que por cara tienes
una rosa alejandrina,
serás, cuanti más lejicos
te vayas, más murcianica...
y yo, en el mundo, ande fuera,
¡siempre te conocería!

La barraca

A la orillica del río
y mirándose en el agua,
está como satisfecha
y orgullosa mi barraca...
A mí me entra pena, á veces,
y digo al considerarla:
«¡Cerca está del que la vida
lo mesmico dá, que mata!...»

Entre álamos y cañares
y limoneros y parras;
con las paeres de atobas,
abrigás con arcazabas,
y con el techo de sisca
y con las puertas de caña,
agachá bajo una higuera

grande que töa la tapa
y acurrucá, ¡propiamente
páece un nío mi barraca!

La he revocäo de yeso
y está que la vista encanta:
tó lo que tiene de humilde
tiene de limpia y de blanca,
y mi mujer ha hecho de ella
una tacica de plata.
El cantarero reluce,
la cantarica tresmana
fresca y como un sol de limpia,
que abre de beber las ganas...
la espetera y la platera,
de emperegilás se saltan...
las sillas y la mesica,
sin polvo y sin una mancha...
debajico del jarrero
sus macetas con alábegas...
¡y, como un altar de fiesta,
en un laïco, la cama

con sus encajes de nieve
y su cobertor de grana!...

Yo no envidio los palacios
que en las ciudäes levantan,
que en ellos, con ser tan grandes,
el corazón se me aplana
y, en cambio, en mi barraquica,
que es tan pequeña, se ensancha...

Tomando el fresco en verano
á la sombrica e la parra;
tomando el sol en invierno
al amparo e la barraca,
con la conciencia tranquila
¡qué á gusto las horas pasan!...

Tan hermosa está la huerta
que páece una moza maja,
y tan hermoso está el cielo
que deja la huerta á zaga...
A descansar del trabajo,

con el que mi pan se gana,
que el pan que se come el pobre
siempre con sudor se amasa,
me siento junto á la puerta,
y, cogiendo mi guitarra,
pienso que, pa mí, en el mundo
tó se encierra en mi barraca,
y de mi pecho, esta copla
como un suspiro se arranca:

Cerca está del que la vida
lo mesmico dá, que mata...
¡Ay de mí, si crece el río
y se lleva mi barraca!

La reina de la huerta

Josefica, Josefica,
rosa fina de la huerta,
tan bonica, tan graciosa,
tan natural y tan buena,
que náide puede olvidarte,
con una ves que te vea;
tan modosa y tan poquico
creida de tu belleza,
que tomas lo que te dicen
á chanza, si te requiebran;
que si te cantan, que cantan
por otras mozas te piensas
y la cara, si te miran,
te se enciende de vergüenza...
Josefica, Josefica,
que privas sin que lo sepas

y eres, sin imaginarlo,
soberana de la huerta;
que pa besarte se doblan
á tu paso las palmeras;
que las aguas, pa mirarte,
se detienen en la cieca;
que un palacio, tu barraca,
páece cuando estás en ella,
y puede una miraïca
tuya encender una guerra...
Josefica: caballeros
prencipales de Valencia
(que, al igual de aquellos otros
andantes de las leyendas,
en libros y damas tienen
gala en poner sus empresas)
al amor y á la hermosura
le van á hacer una fiesta,
y en ella gran homenaje
rendirán á cuantas reinas
proclamaron y cantaron
en sus versos los poetas.
Y yo digo, Josefica,

que si á tí te conocieran
estos nobles caballeros
de la ciudá de Valencia,
á tí, que te habrán cantao
por las noches á tu puerta
tantas coplas como pueden
escribir tós lo poetas;
á tí, que alreorcico tuyo
de tóico te enseñoreas
y por tu gracia te adoran
y por tus hechizos reinas;
digo que estos caballeros,
de conocerte, vinieran
y en triunfo, seguramente,
te llevaran á la fiesta
del amor y la hermosura,
pa que brillaras en ella
¡hermosa entre las hermosas!
¡¡como reina de la huerta!!

EN LA CIECA

Con un zagalejo e grana
y con una armilla negra
y apargaticos en onde
sus piececicos enseña
más limpios que las chinicas
que el río en la orilla deja,
Doloricas vá por agua
al remanso de la cieca...
Las manos en la cintura
y el cántaro á la cabeza,
más encarná que una rosa
la he tropezao por la senda,
y me páece vá por algo
más que por agua á la cieca...

Un mozo recio de cuerpo

y con la cara morena,
vestío con zaragüelles,
chaleco e rosé y montera,
de la cieca en el quijero
sentão sobre la yerba,
tira chinicas al agua
disimulando que acecha
cómo viene Doloricas
y que ande él está se acerca:
—«¡Lo que has tardao, Doloricas!
—Es que es muy larga la senda.
—No sabes lo que padesco.
—Al que sufre, Dios lo premia.
—Si mi premio has de ser tú,
son pocas töas las penas.
—Ese es el cuento de tós,
pero adentro otra se quea.
—Adentro!... Adentro, bien sabes
que náide más que tú reina...
—¡Qué palabricas que tienes!
¡Qué bien trabajas la tierra!...»

. . . . . .

. . . . . .

Lleno el cantarico de agua
y de ensueños la cabeza,
Doloricas va cantando
esta copla por la senda:

Flores de mi naranjico
tus palabricas no salgan...
¡de un naranjico que tengo
en el que la flor no cuaja!

El esgince

Calao vienes
dista los güesos!
¡Miá qué apargates!
¡miá qué babero!
¡Barro en la cara!
¡barro en el pelo!...
¿En ande, asina,
zagal, te has puesto?
¡Si reventaras!...
¡si diás un trueno!...

¡Tú dás conmigo
fin, sin remedio!
¿Vine yo al mundo,
Señor, pa ësto?
Si de esta hecha no pierdo el juicio,

nunca lo pierdo.
¿No es pa matarte?
¿no es pa que hiciera yo un desacierto?
¡A ver si callas,
demonio vivo de los infiernos!

¿Tavía lloras?... ¡Qué no rechistes!
¡que no te sienta, miá que te estrello!
¡Ven que te esuelle! ¿Que no te lave?...
¡si he de arrancarte dista el pellejo!
. . . . . .
¿Pero, Dios mío, qué esgince es éste?
¡y echando sangre, Dios de los cielos!
¡Hijo de mialma! ¿Te duele muncho?...
¡no ha de dolerte!... ¡no pué por menos!
¡Deja la ropa que se haga yesca!
¡Ay, nene, nene... si no es más que esto!...
¡Jesús qué esgince!... ¡lástima de hijo!
¡¿Ves, hijo mío, lo que te has hecho?!
¡Ves? ¡de tan malo! ¡Ven que te cure,
demonio vivo de los infiernos!

Cá cosa en su tiempo

¡Quien te vé y te vido,
hija de mi älma!...
Eras pequeñica
como esa zagala
que esmuñe la teta
y á tu madre, chupando, se traga...
La teta era entonces pa tí lo más dulce...
¡lo mesmo esmuñías! lo mesmo mamabas!

. . . . . .

Cá cosa en su tiempo.
Abora no piensas más que en ir por agua,
porque en el camino,
Pepe el de la Algäida
te tira chinicas
y abonico t'habla...

Cá cosa en su tiempo:
las cosicas esas, pa tí son, zagala,
la teta más dulce... Abora no piensas
más que en ir por agua
¡y esmuñes la fuente,
nena de mi älma!

TREMPANICO

¡Vaya una helá! La escarcha cuajaïca
páece harina en la tierra,
y de cristal y plata
los tallos tiernecicos de la yerba...
¡Qué mañanica! El elorcico que hace
dista los güesos se entra...
sin fuerza el solecico
á dar en los picachos encomienza...
el airecico corta...
¡las palabras se yelan!...

Vaya una helá! Pa Roque y pa Antoñica,
ni páece que es trempano ni que yela;
charla que charla están allá en el soto
paráos en la senda:
él que, de buena madrugá, ya vuelve
con una carga e leña;

ella, que vá pal río
con un lebrillo e ropa á la cabeza.
¡Pero qué embebecios y qué á gusto!...
él, de su carga ni siquiá se acuerda;
á ella el lebrillo, menos entavía
que una pluma le pesa...
Ca ves están más juntos
y ca ves más se ciegan:
¡unas cosas le está diciendo Roque!...
¡qué miraïcas Antoñica le echa!
. . . . . .
. . . . . .

El lebrillico e roba
y la carguica e leña,
junticos y sin náide que los guarde
están á la orillica de la senda...
Y el sol está ya altico...
y el yelo en los brazales se blandea...
y se errite la escarcha...
y se esponja la tierra!...

De casta

I.

—¿Ande estará esta zagala?
¡Señor, me tiene deshecha!
Ni que me esjarre gritando,
ni que me asome á la puerta...
¿Nene, no has visto á tu hermana?
—No, señora.
—¡Pues arrea!
Sin pararte, abora mesmo,
la buscas: ¡á ver si vuelas!
¡á ver si, con mil demonios,
en algún sitio la encuentras!...
¿Ande estará esa lebranca
grandísima corretera?
Anda corriendo, zagal;
anda ya y no te entretengas...
Échate por el barranco,
dá una vos en las paleras,

veste, en una correntilla,
por el quijero e la cieca;
sube al molino, pasando
por la almazara y las eras,
y embócate ista el lugar,
si no la ves por la güerta...
Anda ligerico, nene;
anda, á ver si dás con ella;
si la ves, ya estás aquí...
¡ya estás, á escape, de vuelta!
Si no la ves, no te canses
de buscarla y no te vengas.
—¿Pero qué pasa, mujer?
—¡Qué ha e pasar! que está muy suelta
la zagala y no me gusta
que ande asina.
—¿Quién? la nena?
—La nena, sí, nuestra hija
que verás, Dios no lo quiera,
si nos dá un chasco, por ser
tú un padrazo.
—No lo creas;
¡pero si es una mocosa!

¡si á catorce años no llega!
—Sin tenerlos me casé
yo contigo.
—¡Bueno fuera!...

II.

—¿Catalina? no buscabas
á tu Isabel?... Pos pacencia:
con Nofrico va pal campo
camino de Verdelena,
tan arregusto los dos
montaïcos en la yegua.
—¡Madre mía del Consuelo!
¿Sientes, Paco?
—¿Quién? la nena?
—¡La nena!... sí! ¡la nenica!...
¡¿Ves, por darle tanta cuerda?!
—Déjalos, mujer!... Es mundo
y ellos irán á la iglesia...
Al fin y al remate, fuimos
nosotros también á ella,
¡y bien sabes que pasó
tó de la misma manera!

La enrama

I.

¡No tié enjamás perdón Mariá Dolores
y alguna ves le pedirá Dios cuenta!
Al pobre de Juanico,
de aquí pa allá lo lleva,
abora con esprecios,
y aluego con risicas embusteras,
y está el zagal por su querer, que páece
falto de la cabeza...

¡Lástima que lo mismo que de hermosa
Mariá Dolores de variable sea!
¡Lástima que Juanico, que es tan bueno,
tanto y tanto la quiera!...

Y no hay que esperanzarse

en que el zagal su desengaño vea:
ca ves está más loco,
ca esprecio que recibe, más le ciega...
¡cuanti menos está por él la moza,
el mozo más y más está por ella!
Miá lo que al pobre anoche le cantaron
que amargarle debió más que la tuera,
cuando la calle de ella, como siempre,
rondaba esalentäo dando vueltas,
sin que Mariá Dolores
se asomara á mirarlo tan siquiera:

Busca ande te hagan laïco
y ande te traten mejor,
que esa es una lumbrecica
que á tí no te dá calor.

Y no es esto entavía
lo peor de la fiesta:
lo peor es que un mozo
que viene tos los días de La Alberca,
muy fantesioso y majo,
montando pinturero en una yegua,
se alaba de que está por él solico
Mariá Dolores muerta.

Y aunque claro se vé que alabancioso,
por presumir y por lucirse aumenta,
no se deja de ver, al mismo tiempo,
que está Mariá Dolores dando vueltas,
y que está más vencía
pal laïco del mozo de La Alberca.
Esto que pa tó el mundo
ya es una cosa vieja,
también lo vé Juanico y no quié verlo,
porque de verlo tiembla...

Y se han puesto las cosas en tal punto,
que temo que algo malo sobrevenga,
estando, como está, Sábado Santo
con sus músicas, cerca...
con töas sus porfías
y töas sus peleas.
Lleno de rumbo ha dicho
el mozo de La Alberca,
que música ha e tener Mariá Dolores
la santa noche entera
y que se ha de lucir y ha de ponerle
una enramá en la reja

con tóicos los claveles y las rosas
y tós los azadares de la huerta...
Lo que ha de hacer Juanico
ninguno se lo piensa;
él sabe las palabras
del mozo de La Alberca
y tié la cara fosca
y calla y se encangrena...
Se sabe solamente
que ayer en La Arboleja
y en un baile al que fué Mariá Dolores,
soltó Juanico esta coplica llena
de celos y coraje
y de amenaza clara y manifiesta:

Si es que Dios no lo ha dispuesto,
lo ha dispuesto mi querer:
ó has de ser pa mí solico
ó pa näide tiés que ser.

II.

¡Qué esgracia, madre mía!
¡Dios de su mano al infelís lo tenga!
¡Juanico, si, Juanico,

tan loco de remate que dá pena!
Tronchó tos los naranjos de su huerto,
y con ramas enteras
de azadar cuajaïcas,
puso lo mismo que un altar la reja,
llevando los jasmines á brazäos,
y por haces los nardos y azucenas...
Y en ese mismo altar ande él tenía
su virgencica puesta,
en esa ventanica ande él alzaba
la fé del alma entera,
le ha hecho Mariá Dolores un desprecio,
dejándolo lo mismo que una peña,
y, ciego por la rabia
y en la mismica reja,
la ha degollao, dejándola
entre las flores, muerta!...
¡Y allí la tiés!... Su cara,
más blanca que la cera,
rodeá de azadares
y jasmines y nardos y azucenas,
páece una rosa blanca